

**HOMILÍA DE MONSEÑOR MARINO**  
**EN LA MISA DE ACCIÓN DE GRACIAS POR SU MINISTERIO EPISCOPAL**  
**en la diócesis de Mar del Plata**

*“Esto me llena de consuelo y me hace desbordar de alegría”*  
*(2Cor 7,4)*

Catedral, 19 de agosto de 2017

Queridos hermanos obispos, que me honran con su presencia, mis queridos sacerdotes y diáconos, consagrados, consagradas, Sr. Intendente de Gral. Pueyrredón, Dr. Carlos Arroyo, autoridades civiles y representantes de las fuerzas armadas y de seguridad, seminaristas, catequistas y fieles laicos:

Los textos bíblicos de esta Misa nos hablan del anuncio de la salvación que llega a los pueblos distantes, suscitando la fe. En el libro de Isaías, Dios afirma de los pueblos paganos: “Yo los conduciré hasta mi santa Montaña y los colmaré de alegría en mi Casa de oración; (...) porque mi Casa será llamada Casa de oración para todos los pueblos” (Is 56,7). Dios ofrece su salvación más allá de las fronteras del pueblo elegido. En el Evangelio, la mujer que se beneficia con la gracia de la curación de su hija, es una cananea que, por tanto, no estaba dentro de las fronteras geográficas ni espirituales de Israel. El trabajo secreto de la gracia la llevó como por instinto a descubrir en Jesús el remedio que esperaba. No vaciló en humillarse ante la aparente dureza del Señor y mereció un gran elogio de su parte: “Mujer, ¡qué grande es tu fe! ¡Que se cumpla tu deseo!” (Mt 15,28). También San Pablo, el más esforzado misionero de todos los tiempos, nos habla de anuncio y de misión, y en la Carta a los Romanos se define como el “Apóstol de los paganos” (11,13).

Nunca más oportunos estos textos en el año en que recordamos el sexagésimo aniversario de la diócesis y nos proponemos ser una Iglesia de “comunidades orantes, fraternas y misioneras”.

La pasión de la Iglesia a lo largo de los tiempos no puede ser otra que ésta: anunciar a Jesucristo como Hijo de Dios y Salvador de todos los hombres, centro del universo y de la historia.

En la vida de un obispo no hay mayor alegría que la experiencia de la misión, en el contacto directo con el Pueblo de Dios. Por eso, me siento impulsado a mencionar la honda huella que dejaron en mi alma las ocho visitas pastorales a parroquias de la periferia de Mar del Plata, que implicaban una semana entera de trabajo. Experiencia exigente, desde la mañana temprano hasta bien entrada la noche. Esos siete días transcurrían en contacto muy cordial con las instituciones y grupos apostólicos, visitando muchos hogares, e incluso las instituciones civiles, y se caracterizaron por la alegría e interés que ocasionaba la presencia del pastor diocesano y la posibilidad de diálogo directo con él, diálogo que por momentos era muy prolongado.

En medio de lacerantes situaciones sociales y un panorama poco alentador, no me he cansado de invitar a la misión permanente, a salir a anunciar “a tiempo y a destiempo”, a ofrecer nuestra riqueza que es Cristo. Recuerdo esos días como mi plenitud espiritual y pastoral, y espontáneamente me vienen a la memoria las palabras del Apóstol (2Tim 4,2): “Proclama la Palabra de Dios, insiste con ocasión o sin ella, arguye, reprende, exhorta, con paciencia incansable y con afán de enseñar”. Este es el camino de la Iglesia, semejante al que sin demora hizo la Santísima Virgen María al visitar a

Isabel para llevarle su tesoro, la alegre noticia de la salvación. Con prisa porque nuestra gente tiene sed de Dios y necesidad de Cristo. Con amorosa prontitud porque “la cosecha es abundante y los trabajadores son pocos” (Lc 10,2). Sin demora porque proliferan otras propuestas religiosas y es urgente que nuestros fieles sean fortalecidos en su identidad católica.

Toda santa Misa que celebramos es Eucaristía, vale decir, “acción de gracias”. Ante todo, acción de la gracia de Dios Padre, que nos regala el sacramento del sacrificio de su Hijo, para que llenos del Espíritu Santo se lo presentemos como propio, uniéndonos así a su amor redentor. Es este don de la gracia el que nos lleva a una conmovida acción de gracias por los dones inmerecidos con que colma nuestro paso por esta vida temporal, en espera de la eterna. Toda Eucaristía es también Misa, vale decir, envío, compromiso de misión.

Hacia el término de mi servicio como obispo diocesano, esta Misa tiene un sentido especial de acción de gracias, pues mirando hacia atrás se agolpan los motivos de gratitud en proporción inversa al tiempo que tengo para expresarlos. Poco más de seis años han transcurrido desde mi llegada a la diócesis. Tiempo relativamente breve si lo medimos con el calendario y el reloj, pero espiritualmente muy intenso, computado desde el corazón y la sinceridad de la entrega.

Quien recibe oficios en la Iglesia, y en especial la carga episcopal, acepta llevar por amor y plena convicción el peso de dificultades y conflictos, la complejidad cotidiana de las relaciones humanas y el límite inherente a nuestra condición pecadora. Un pastor consciente de su responsabilidad sabe que muchas veces la providencia divina permite que seamos probados a fondo. Pero también experimenta que el Señor está siempre cerca, aun en medio de la noche y de la tempestad: “¡Ánimo!, soy yo, no temas” (cf. Mt 14,27). Entonces puede sentir que brota de su interior un gozo incomparable y puede decir con el Salmista: “En el peligro invoqué al Señor, y él me escuchó dándome un alivio... El Señor está conmigo y me ayuda” (Sal 118,5.7). Y también: “Cada vez que te invoqué me respondiste y aumentaste la fuerza de mi alma” (Sal 138,3).

Y así recupera fuerzas para nuevos combates, para seguir haciendo presente al mismo Cristo, con la palabra y el testimonio, dando y recibiendo amor, sobre todo de la gente sencilla y de corazón humilde.

Una y otra cosa he experimentado: el entusiasmo y la angustia, el vértigo y la paz. Y por eso, en esta Eucaristía quiero expresarme con las palabras de San Pablo a los Corintios: “Esto me llena de consuelo y me hace desbordar de alegría en medio de todas las tribulaciones” (2Cor 7,4).

Allí donde hay vida, hay también movimiento. Las mutuas relaciones de los hombres dan movilidad a sentimientos nobles y actitudes de generosidad y grandeza, pero también a incomprensiones y discordias. Esta es la condición humana que Cristo vino a redimir. También en una diócesis. Pero una comunidad cristiana dispone de la luz del Divino Maestro. Él nos enseña que nuestra vida está envuelta en la misericordia del Padre, siempre dispuesto a perdonar, y nos invita al perdón mutuo. ¡Qué hermoso y saludable es esto: sentirse perdonado por Dios y por los hermanos, y aprender a perdonar! “Sean misericordiosos, como el Padre de ustedes es misericordioso” (Lc 6,36). El Padrenuestro es oración y programa: “Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden” (Mt 6,12). Que por siempre llevemos este sello y vivamos en esta auténtica sabiduría de vida, dentro de la Iglesia y en la sociedad.

He aludido a incontables motivos de gratitud a Dios. Debo también expresar gratitud a los hombres, que son sus instrumentos. No es mi intención ser exhaustivo. Debo especial agradecimiento a mis colaboradores, sacerdotes y laicos, de la Curia episcopal por su esmerado servicio en estos años. Digo lo mismo de todos aquellos sacerdotes, diáconos, consagrados o laicos, a quienes he confiado responsabilidades diocesanas en las distintas áreas de la pastoral. Imposible nombrar a todos en esta ocasión. Espero haberles expresado con mis gestos más que con mis palabras, la sinceridad de mi agradecimiento. Que el mismo Señor sea su recompensa.

Dirijo una palabra de gran reconocimiento a los presbíteros de esta diócesis por su trabajo oculto y cotidiano; a los diáconos por su vocación de servicio; a los miembros de la vida consagrada que nos enriquecen con sus diversos carismas. En especial a las consagradas, con quienes he compartido silencio, oración y retiros espirituales. No olvido a los queridos seminaristas con quienes tuve trato frecuente con afecto de padre, en la medida que me fue posible. Ni a los laicos que he conocido, admirables por su amor a la Iglesia y su capacidad de compromiso. Deseo dirigirme especialmente a los catequistas, que han tenido hoy su encuentro anual.

No puedo dejar de mencionar a mi Vicario general, el Padre Gabriel Mestre, a quien pronto impondré las manos, junto con otros obispos, para constituirlo como mi sucesor en esta sede episcopal. Le reconozco su fiel y valiosa colaboración y el trabajo responsable. Invito a todos a rezar por él y a preparar este gran acontecimiento con espíritu de fe y de amor a la Iglesia.

Hasta el final llevaré esta diócesis en mi corazón. La comunión espiritual, el amor y la oración ignoran los límites de la distancia. Inauguro la categoría de “obispo emérito de Mar del Plata”, expresión en la cual el primer término indica el cese del gobierno pastoral, y el segundo, la permanencia de un vínculo de comunión. Dejo el gobierno pero no dejo de ser obispo. Aspiro a no ser un simple pensionado episcopal. Por el contrario, siguiendo las orientaciones de la Iglesia, buscaré con humildad mi nuevo cauce para seguir expresando este “oficio de amor” que me fue conferido y que espero continuar hasta la muerte.

La Virgen María acompaña mi caminar desde mi niñez y hasta el día de hoy. Es la Madre de Dios y de la Iglesia. Siempre la he invocado como Reina y Madre de misericordia. El amor y la confianza puesta en ella, fue creciendo conmigo. En una carta del obispo San Ireneo, del siglo II, leemos: “lo que se aprende de niños va creciendo con el alma y se va haciendo uno con ella”. Así la siento yo y la sigo invocando, sobre todo en esta hora.

Hace ya más de catorce años, el día de mi ordenación como obispo en la catedral de La Plata, concluía mis palabras de saludo al pueblo con una oración que ahora repito con igual convicción:

“Tiembra la voz y se acelera el ritmo del corazón, al pronunciar el Nombre que está sobre todo nombre (Flp 2, 9-11), el único Nombre dado bajo el cielo, en el cual los hombres encuentran salvación (Hch 4, 12): ¡Jesucristo! Nombre propio y exacto de la vida. Fuiste el Dueño de mi ayer, quiero que sigas siendo el Señor de mi mañana (...). En esta hora solemne te pido un único favor: que concluida mi jornada de labores al servicio de tu grey en esta vida temporal, pueda escuchar de tus labios de «gran Pastor de las ovejas» (Heb 13, 20), estas palabras que habrán de ser toda mi recompensa por la eternidad: «Servidor bueno y fiel, entra a participar del gozo de tu Señor (Mt 25, 21.23), pues ha sido oficio de amor apacentar mi rebaño»”.